

## DESDE UN CONFÍN

Federico Luis Baggini\*

¡A la madona! ¡Vos sí que no cambias más, che! ¿Cuándo fue la última vez que te vi? Hace unos... qué sé yo, ni me acuerdo. ¡Cómo pasa el tiempo, ¿no?! Y... como está la cosa, mejor que pase rápido, todo esto pinta fulero. Imaginate, de la banda, quedamos solo vos y yo, los demás están en otra. El Gordo estiró la pata. El Yorugua está afuera, ni lo quieren ver por acá. Al Negro se la tiene junada la jermu. De Pastito ni te cuento, es un monigote de los zorros. Y del Fósforo y el Rabino, ¿qué querés que te diga?, hace mucho que no sé de ellos, estaban hasta el cogote la última vez que los vi. ¡Qué pendejos! No aprenden, eh. Un par de veces adentro y te tenés que quedar en el molde, no podés seguir armando bochinche, si no, estás alquilado pa' la perrera. Te lo digo porque sé, Chicato. Ahora la cosa está jodida... ¡mirá este feca, mirá el pocillo en que me lo trae el otario, del tiempo del ñaupá, tiene una grela bárbara! ¡La biaba que le daría! Decí que esta gagá, si no, guarda el hilo, eh. ¡Qué mufa que tengo! Mmm, está aguado, es un asco. ¿Y qué querés? Con la mishiadura que hay... a este opa le paga Dios, ya vas a ver. Si esto fuera Boedo, ni mamado le dejo guita, aunque suerte si tendría pal morfi. ¡Ah! Eso. Hablando del morfi, lo del Gordo, la posta, se veía venir. Si hubiera sido un poco más pijotero, quién te dice... pero no, vos sabés cómo era el Gordo, tenía un matete en la sabiola que Dios me libre. Lo de él era movida conocida. Se levantaba al mediodía, le pegaba un mordiscón a las sobras de ayer, y ahí nomás se daba un revoque. Salía con una pinta de bacán... ¿te acordás? Era la envidia de todos el Gordo. Sanatero como pocos. Por derecha o por izquierda pero siempre algún mango le sacaba a los trompa de Once. La hizo bien el tránsfuga, muy bien. Consiguí un tocomucho y no la-bu-ró más. Conocía a los rusos y les sacó la ficha al toque. Los lunes, miércoles y viernes después de la ronda se iba a los pingos, y terminaba en los burros, se quedaba

---

\* Poeta, bibliotecólogo y activista. Es docente de talleres y clases especiales para personas no alfabetizadas. Se desempeña también como coordinador de espacios de lectura y escritura en contextos de encierro, cárceles y hospicios, como así también en diversos contextos de vulnerabilidad, como pueden ser asentamientos y zonas rurales. Correo electrónico: fedebaggini@hotmail.com.  
*Gramma*, XXIX, 61 (2018), pp. 124-129.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. Área de Letras del Instituto de Investigación de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. ISSN 1850-0161.

madrugando ahí. No se rajaba hasta que salía hecho. Sacaba buena mosca, eh. No te digo que viviera la buena vida, pero mal no la pasaba el Gordo. Después los martes, jueves y sábado se mandaba a escolasear. Y eso viste cómo es... una lotería, el menos pillo te sacaba una legua. Pero ojo, che, lo del Gordo vino por otro lado que nada que ver. Morfaba, morfaba y morfaba. Se agarraba cada empacho que no había vieja que se lo pudiera curar, parecía que las iba matando, ¿vos sabes?, habían desaparecido todas, una por una. Faltaba un grito de socorro del Gordo y las viejas se desvelaban, se peleaban por no ir. ¡Faaaa! Si las vieras, che. No le daban las patas pa' correr a apagar la luz antes de quel Gordo se asomara a ver quién estaba despierto pa' que le fueran a curar el empacho. Yo le decía: "*Gordo, sino podes dejar de engullir hace fierros, ya no te ves los pies de la buzarda que tenes*". ¿Vos te pensás que me escuchaba? Ni bola me daba. Hacía la suya. Así terminó, enterrado en la quinta del ñato. De los nuestros era el más cafisho, hasta de la colimba había zafado... andá a saber cómo hizo. Cuando lo encontramos ni respiraba. Estaba tirado como choncho, *como vaca en viaje*, diría el Fósforo. Desnudo, che, desnudo. No se sabía dónde estaban las rodillas de la grasa que tenía en las gambas. Si hubiera sido tan vivo pa' chamuyar a la parca, quién te dice... Con el cuore no se jode, Chicato. El que se las vio fea cuando lo vio al Gordo fue el Yorugua, él también le daba de lo lindo al diente, che. Qué cachivache que era, ese sí que la sacó barata. Siempre a los ponchazos. Si tenía alguna changa, era al boleto. A veces, en los tiempos donde cantaba Gardel, lo veías bien empilchado, a pata por los cien barrios porteños. Lo que pasa, ¿sabés lo que pasa?, el pajuerano estaba viejo y rayado, ¡qué macana! Andaba siempre alzado, calentón como un virgo, y encima se hacía el apendado. No te das idea de los tугurios donde se metía, Dios lo perdone. Estuvo cerca de la cafúa un par de veces, pero las cábalas no le jugaban nunca una mala pasada. Cómo nos reíamos cuando sacaba todas las estampitas; las ordenaba pegaditas una al lado de la otra, y a cada una le tiraba un rezo. Debe ser por tantos santos que le salían bien las adornadas, che. No había tipo tan aprovechador de voladas como él. Tenía un ojo pa' las atorrantas que mama mía. Si tenía otra cosa parecida al Gordo era lo pillo. Apollaba con la mina y antes de que volviera el bolaceado se borraba. No puedo explicarte los berrinches que le hacían las brujas si lo volvían a ver. Algo tenía el Yorugua, no hay con qué darle, no me preguntes qué, pero algo tenía. Quizás era cancha, aunque también era un flor de caradura, che. No hubo pollera en el barrio que se le resistiera. Pero esas cosas no terminan bien, Chicato, tarde o temprano te pescan, es cara o seca. ¡Carajo que se la hicieron! Tenía marote el facha, se lo nubló un carozo que lo tenía en baba. Mirá que siempre estaba atenti, eh, no se le escapa una, pero esa vez lo engrupieron de lo lindo. Un par de veces estuvo cerca de que lo pescaran, escarmentó y se armó un bulín por Almagro, y la mosca viste cómo es, unos cospeles y estás rifado. Yo te digo, no conozco portero que no sea bufarrón, y para colmo a este le tocó el peor.

Lo buchoneó por unos pedazos de faina. Resulta que la atorranta llegó que rajaba la tierra. Ahí nomás el portero campaneó. Cuando entró el dorima, ya estaban lustrando en la catrera. Ni tiempo de ponerse los lompas le dieron. Lo fajaron de una manera que se me pone la piel de gallina. ¡El despelote que se armó! Los gritos se escuchaban hasta el bajo. Los vecinos llamaron a la taquería y no va que el dorima de la mina y el comisario habían sido compañeros del secundario y amigos de toda la vida. Pa' qué... las garpó todas juntas. Mirá que los canas son gasoleros, che, pero ahí lo surtieron de lo lindo. El Fósforo lo fue a ver a la ocho. *“Si le vieran la jeta —decía— no lo reconocerían. Ligó grosso. Taba inflao, hinchao y fusilao, se fueron de mambo los canas, con lo macanudo que era el Yorugua”*. Igual no le alcanzaba, eh, le faltaba un tornillo. No pasó ni media hora de conversación con el Fósforo que ya andaba boqueando que la mujer del comisario era la gata flora. Si de minas se trataba, qué julepe ni julepe, él iba a morir con las botas puestas. Lo tuvieron adentro un buen tiempo hasta que se cansaron de darle bifés. Lo fue a ver un boga, pájaro de mal agüero si los hay. Le dijo que tenía dos opciones: o se volvía al Uruguay o se bancaba, sin llorar la carta, la semifusa y el machete. No era gil el Yorugua, se alzó a paso ligero sin levantar la perdiz. Se fue al mazo. La última vez que supe de él andaba revoloteando una charrúa pa' no perder la costumbre. El que no puede perder la costumbre ni por asomo, Chicato, es el Negro. Qué caso serio, che. Qué tipo más inútil, lenteja, amarrete, mamerto, opa, pichulero, olfa, poca sangre, pediguéño y maleta. No lastra si la jermu no le dice. No manya sin ella al lado. Un man-te-qui-ta, con todas las letras. Y pa' peor la Norma, una machona de aquellas. Qué Tana más mal llevada. *“Qué culpa tengo yo de enamorarme perdidamente”*, se justificaba el Negro dándose aires de milonguero. Lo peor es que encima de mandado, era manguero. Lloraba miseria pa' que le pagaras un mate cocido, ¿ni un café Chicato, un mate cocido! El garronero se mal acostumbró, y la culpa es nuestra, ¿no, Chicato? ¿A él qué culpa le podes echar? Ninguna, si no nació guitarrero el gurrumín. Ojo que cuando tenía algo de tarasca era bien garufa, eh, no hacía bandera, se la daba de linyera pero si no, pagaba una vuelta le poníamos la ñata contra la mesa. *“Este moishe debe ser hijo o nieto de rusos”*, jodía el Gordo. A veces la jermu no le un daba ni un cospel pal subte. Mirá si me acordaré. Lo veías al lungo haciendo dedo en la calle hasta que algún auto o bondi se apiadaba y lo levantaba. Vivía tirado. Él no se hacia drama, eh, era feliz siendo lambiche. Cuando lo tomábamos de punto, se bancaba las gastadas como un mozo, hasta cuando venía violeta, pinchado y hecho una piltrafa de la paliza que le daba la Tana. Eso sí, era metiche como pocos. Se quedaba musarela, ni jodía, pero no era ningún pavo cuando había que parar la oreja. No se le escapaba una, relojeaba esto, vichareaba aquello. Era un pobre gato, pero se conocía a todos, eh: los perucas, los yoruguas, los brasucas, los negros, los yonis, los polacos, los ponjas, los bolitas, los chilotes, los paraguas, los rusos, los gringos, los yankis, los gallegos, los turcos, los chi-

nos, a todos. Y pa' colmo, la Tana era taquera. El rancho lo mantenía ella. Lo que tenían era un yeite. Si él soplabá algo, ella lo dejaba comer hasta quedar pipón. Con suerte le daba algo de viyuya. El Negro con eso tiraba manteca al techo. Pero si se zarpaba con ella, le daba un coscorrón al felpudo que ni el más urso lo hubiera aguantado. Cuando podía se rateaba pa' juntarse con la banda, pero apenas se enteraba que la Tana lo buscaba, salía rajando como escupida de músico pa' las casa. ¿Te acordas, Chicato, cuando íbamos con el Fósforo, el Rabino y Pastito a visitarlo? ¡Qué quilombo! Bastaba con que nos pusiéramos a timbear un rato pa' que la Tana empezara a gritar y nos tuviéramos que plantar por ahí antes de que sacara el trabuco y termináramos con un buraco. Según Pastito el Negro no sale más, olvidate. El perejil se mandó la peor con la Tana: se le hizo el gallito. ¡Pa' qué! ¡Con lo pirada que está la petisa! No era buen tipo, che, pero con la Tana no se jode. Mirá cómo terminaron el Fósforo, el Rabino y Pastito. ¿Y yo? Ni hablar. Vos, Chicato, zafaste porque no servís ni pa' pispiar. No se puede creer la yeta que tuvimos. Nunca pensamos que el borrego del Negro batiera la posta por un mordisco y la Tana nos mandara la trulla. ¡Negro alcahuate! Con lo abriboca que era Pastito encima, siempre andaba calzado aunque esa vez se salvó. Todas juntas nos pasaron. ¿Y qué querés que hagamos, Chicato? No teníamos un mango partido al medio y nadie quería laburar. No quedaba otra, ya no podíamos rebuscárnosla más. Había que jugársela, y salió mal. Sabíamos que se podía armar la podrida. Lo tengo todo fresco, como si fuera ayer: la baulera donde preparamos todo mientras pitábamos un armado creyendo que sería nuestro aguantadero; los verdes que venían cebados de aquí pa' allá; las chicanas al Rabino por el chumbo corto recién comprado en el reducidero; las damajuanas tiradas después del chupi; la curda imbancale por haber mamado tanto; la lleca que nos gambeteaba moviéndose en zigzag; la parrilla del lustrabotas hablando en musculosa; la piba huesuda del galpón quebrada pidiendo un pucho mientras jugaba a la rayuela; verduguear a algún yetatore versero desde la vereda del frente; buscar al tordo a la madrugada (¡¡con el tornillo que hacía!!) porque la facha del Fósforo no paraba de sangrar... solo a ese se le ocurre hacerse el taura con un cachafaz malevo, un compadrito guapo y orillero. ¡Se la dio de langa con una mina abotonada, y cuando lo vio el macho se le vino al humo! Abrieron cancha nomás, aunque el Fósforo no quería saber nada, estaba adobado hasta las pestañas. Levantó campamento y encaró pa' la salida del piringundín, pero el chanco ya había sacado la facha. Agitado, le pegó el grito al Fósforo. El cabecita colorada al principio se hizo el desentendido. “*Te voy a encontrar, maricón*”, lo sentenció. Cuando el Fósforo pegó la vuelta el filo del otro casi lo achura. De golpe se despabiló. Se tocó la cara, ¡pa' que! Tenía un canal que sangraba al rolete. Se engranó hasta la muela, vos lo vieras. Peló el fyingo y abaragó. Bastó que el furbo chingara una puñalada para que el Fósforo diera final a la reyerta. Una sola embestida y lo despachó. Quedó boca abajo el finao, frío y

quietito. Rajamos ligero aprovechando el barullo. Ahí sí nos guardamos, no asomamos la napia por un mes. Fijate si habrá sido grande la macana que nos mandamos que el bravucón era hijo de canas. “*Fuiste* —le dijimos al Fósforo—, *estás jodido*”, pero caímos todos, gratarola, sin comerla ni beberla. ¡Un garrón! Seguro la Tana nos había engualichado. ¡El fardo que nos comimos por hacerle pata! ¡Al tun tun! ¡Haceme el favor! De primera se tendría que haber quedado en el molde el lengualarga, pero qué molde ni ocho cuartos, el Fósforo no se echaba atrás nunca, se empacaba y la terminaba embarrando, era un despiole. Pastito, encima, estaba encanutado con un taquera. Le cantaba cada bolazo... ¿Fuiste vos, Chicato, el que me contó que la madre le puso un bife que le voló los dientes? ¡Se lo ganó el soplón! Nos engrupió feo, che. Igual ¡no jodas! El que más nos metió el perro fue el Negro, nos marcó de lo lindo, eh. Esa noche habíamos comido unos ñoquis y estábamos por la segunda damajuana cuando la cana reventó el aguantadero. El Fósforo se reviró pero le duró poco, lo dejaron bordo de los cachetazos. Perdimos como en la guerra. ¿Tan lechuceados teníamos que estar? Cayeron ratis y perros como si fuéramos chorros. Encontrarnos así... ¡eso sí que es mala leche! Teníamos un peludo importante pero tampoco la pavada, che, no era pa' tanto. El Rabino se avisó primero y quiso madrugarnos, ¡pero minga! Un morrudo lo paró en seco poniéndole la tumbera en la boca. Dejá, te la regalo. Lo noqueó. No parábamos de meter la pata, había que apichonarse y aguantar. Si jodés mucho, la bonaerense te boletea, tienen banca, cajonean todo, ¿y qué le pasa a uno? Uno termina en un panteón arruinado, ajoba de una tapera. ¿Pero sabés que es lo peor? Justo cuando la mufa se iba cae un milico; atrás otro más pintón, y pegadito, uno mejor empilchao. No sabés el jabón que me agarré. Se manyaron el oído entre los tres ¡Cuánto balurdo! El quía nos miró sonriendo. Después se las piró. Al rato los otros dos lo siguieron. No pasaron ni diez minutos entre que hicieron la repartija de las chucherías de la baulera y nos subieron a la perrera. Se quedaron con todo los buitres, y mírame a mí, roñoso como ciruja. La vieja me vino a visitar una sola vez, ni me miró. Me trajo un poncho, unas medias, un vaquero, unas zapatillas, y se fue. Nunca más la volví a ver. El viejo es cojudo, seguro pa' él estoy en mejor vida. Lo demás se sabe, Chicato. La cafúa no es pa' crudos. Si entrás chapeando, estás al horno, mejor empardá, si no, sos carne de ternero pa' los violines. Lo único seguro acá es el derecho de piso. Todos debutan, Chicato, todos. Si sos pierna, te metés rápido a ranchar. Con el verdugo llevate bien, con suerte veas cada tanto un cimarrón. Si te hacés el chanta, más te vale tener palanca. Cuando quise transar me batieron que me largaban, pero como prófugo. Patalié, me enchinché, ¿y sabés la que me hicieron? Un tongo. La cana dejó abierta la cerradura de la celda, de prepo. Se me vinieron todos los malandras de la leonera. Te juro, no sé cómo hice pa' zafar. Acá dentro es así, tenes que ponerle el pecho a la cosa, Chicato. Si sos tarupido, te pían y te planchan de una, eh. Y no se te ocurra pifiarla si no querés terminar en el

buzón. Ah, y eso sí, si llegás a saber de algún chimento, y preferís no recibir pálidas, cantalos, desembuchá, por si las moscas, si no es una mula, te dejan hacer una chirola, siempre algún curro hay, y de yapa capaz ligás un armado o salís a yírar un rato. Yo cuando salgo, Chicato, no sabés lo que extraño un asado con chimichurri; un atado de puchos; una picada; una tirada del bar de León con un buen francés de panceta; a la vieja amasando las albóndigas o pisando las milanesas; un cortado con la banda o un vermouthe cargado mientras renegábamos por los porotos del truco; un buen pedazo de dulce de batata con queso; las tostadas con dulce de leche del viejo; hacer fiaca escuchando el fueye; matear con la bruja; apretarla en alguna milonga; los mondongos y la polenta de la nona; ir a la cancha los domingos; pifiarla bajo el arco en el potrero ¡Qué poco tarro!; viajar en tren, subte, bondi, o, si andaba salado, en tacho; tomarme un tintillo y dormirme con la caja boba prendida; el olor a betún de los tamangos cuando empinábamos pal bailongo y al bobina de la puerta cuereándonos por los jetras descuaajeringados...

¿Viste, che, que no me olvido? Cómo quisiera tenerte cerca, Chicato, y no contarle siempre la misma historietita a una foto. Algún día me voy a dar una vuelta por allá arriba pa' reírme de tus vidrieras. Gracias, Chicato, vos sí que bailaste con la más fea.